

Escenas de catalogografía recreativa

Pablo Martínez Lozada

Para Jezreel Salazar



1. Pasado

1. Aunque la de ilustres listas literarias es por sí sola una larga lista (los censos homéricos, los catálogos de Rabelais, las genealogías bíblicas, la *Spoon River Anthology* como lista necrológica), lo cierto es que recurrir hoy a cualquiera que no venga de regreso del Oulipo, o al menos de Joyce, parece inspirar indiferencia y sueño. Qué injusto: la prosapia utilitaria de las listas nos ciega a su rostro lúdico y virtuoso. (*El clave bien temperado* es una lista; las *Variaciones Goldberg*, también. No se me ocurre nada más lúdico y virtuoso.)

2. La lista es el más arrogante de los géneros autonarrativos. Llevar un diario es sugerir que mi historia importa; llevar listas, declarar que soy la suma de mis triunfos. La lista de los libros que he leído (o editado) no habría de decir más que el registro de entradas y salidas que lleva el poli por si falla el checador, o las lecturas del glucómetro que anota mi hija antes de inyectarse. Pero cuando el relato de vida puede reconstruirse estadísticamente y graficarse, mis estaciones se convierten en logros, mis logros en epítetos, y su letanía es un poema autobiográfico. Y el último punto de la lista me define en el instante de escribirlo. (Mi amigo Juan



Las castas, Anónimo, siglo XVIII

no tiene un Leporello, pero sí un catálogo diacrónico de sus mujeres; me lo contó su esposa, que sin duda se siente segura porque vive en la envidiable entrada final de la lista. Esa posición la define, y la favorece. Lo mismo deben de sentir los reyes.)

3. Si hay gozo arrogante en resumir la vida en congresos, libros, infartos, maratones, lo hay más en explicar el mundo por sus accidentes ínfimos. Este afán es veta de mil artículos simplones que abarrotan revistas electrónicas de dudosa calaña: “8 señales de que te ponen los cuernos”, “14 debilidades del IFE”. Género formulaico como pocos, cristalizado en el algoritmo: “Hay muchos x . He aquí algunos. ¿Cuánto pagas la cuartilla?” Una versión más proba la ha entendido Peter Greenaway: si tienes un criterio de listado —el alfabeto, el catálogo bibliográfico—, la estructura del mundo llega sola. Recuerdo la clasificación china de animales que cita Borges al hablar de John Wilkins: un ordenamiento del cosmos que no excluye la tautología. (Otra versión del mundo: si los que he mencionado son grandes autores de listas, entonces existe una lista de las listas creadas por los autores citados en esta lista de listas. Esa lista explica el universo, o al menos explica el índice de esta revista. El índice: otra lista.)

II. Futuro

1. La lista previsora por antonomasia es la lista de compras, aburrida por utilitaria. Una versión con más

pretensiones de trascendencia, pero igualmente obligatoria, es la *bucket list*, encarnada en esa antipática colección de libros que dicta mil discos/lugares/vinos que hay que disfrutar antes de morir, supongo que porque después ya es más difícil. Aquí el imperativo aniquila el gozo. No disfruto anotando el cloro en la lista del súper: lo anoto porque el lavabo tiene sarro. Así también, si muero sin haber visitado Sahuayo ni haber escuchado todo Donovan tendré que declararme un fracasado: mi lista es mi obligación, y el deber siempre me define. (Durante mi penúltima incursión en el servicio público pude admirar las dotes de planeación de la subgerente más temible de la torre. Tan incisiva como era en la preparación de metas y su subsecuente evaluación cuantitativa, así también, ay, era talentosa para asesinar el gozo: le bastaba convertir el plan del ocio en una lista de Excel para hacernos envejecer una semana. Muy distinto de lo que se verá en el tercer punto de esta lista.)

2. Cada año, cuando nos toca dar clase otra vez, paladeamos la virgen lista de asistencia, rechoncha de amenazas y promesas. Y anticipamos: que ese Romero Granados nos va a dar problemas porque en 2009 le dimos Cálculo a su hermana; que la que trabaja en Hacienda no va a entregar todas las tareas; que debemos idear cómo fregar al que se apellida Canto Pacheco (propuesta: apodémoslo *Marley*). Las listas de cosas por hacer permiten gozar la potencialidad sin obligarnos por el momento a decidir entre dos bienes incompatibles. Un problema nace, sin embargo, cuando nuestra

lista es potencialidad pura que sólo aumenta y no se cumple: por ejemplo, mi lista de recetas de pescado, que nos sirve para resolver la comida de cada domingo pero no puede convertirse en un reto, pues cada semana la alimento con uno o dos platos nuevos. El listado que nunca termina es práctico pero también incalificable, por los mismos criterios que valen para el ISO-9000: no es evaluable en sus objetivos, pues éstos son inagotables. (La principal razón que me hace dudar del relato bíblico de la creación es que no me puedo imaginar a Dios, en vísperas del quinto día, puliendo una lista minuciosa de seres que desemboque, por ejemplo, en los artrópodos. Sería inmanejable en Excel.)

3. La lista diseñada para planear la diversión, *pero que en secreto constituye el núcleo de la diversión misma*, es la quintaesencia de la catalografía recreativa. No se trata del goce anticipatorio que es en realidad angustia, sino del regodeo en las posibilidades abiertas del placer; que se cumplan o no es lo de menos. ¿Hay mejor definición del ocio? Cuando niño podía pasar dos horas con mi primo Emiliano acomodando muñequitos, animales, calcetines y gomas de borrar en un inmenso campo de batalla; pero no recuerdo que llegáramos nunca a escenificar el combate. El placer estaba en saber cuánto podíamos hacer. Aun mi vida adulta se rige por listas incumplibles: de periplos discográficos por emprender (las cantatas de Bach en orden de catálogo), videojuegos por probar (la serie de *Suikoden* y su enorme lista de personajes), bibliografías por transitar (*vid. infra*). La ruptura de la disciplina es la mayor transgresión a la lista incumplible: leer fuera de orden emociona, pero también traiciona el juego.



El archiduque Leopold Wilhem en su galería de pinturas en Bruselas, David Teniers el Joven, 1647

Tengo preparada mi lista para leer a Faulkner, pero aún no he comprado *La mansión*; de modo que *La paga de los soldados* me espera intonso en mi librero. No importa: enlistarlo fue divino. Como todo neurótico que se respete, tengo en el listado el más puro de mis juegos; ¿cómo traicionarlo con la espontaneidad? (Mi obra maestra es una lista para leer todo Nabokov: sitúa sus novelas con los cuentos intercalados en el momento cronológico correcto y tiene posiciones estratégicas para el teatro y los problemas de ajedrez. Por supuesto, antes de leer *Curso de literatura rusa* y *La dádiva* prescribe leer a los maestros rusos, de modo que también incluye, anidadas, sendas listas para Tolstói, Chéjov, Gógol, Turguenev y Dostoievski. Problema: ¿cuántas listas se citan en esta lista cuya segunda entrada —que es a su vez una lista de tres entradas— termina ahora? Justifica tu respuesta.)

III. Presente

1. De la anticipación a la memoria ordeno el mundo, me defino: enlisto. En el más puro de mis juegos, la eternidad me pertenece. (Conjunto unitario, alfa y omega, esta tercera lista lo demuestra.) **▲▲**